

LA VIEJA LEY

de Carmen Kurz

Carmen Kurz ganadora del Premio Ciudad de Barcelona 1954 con su novela «Duermen bajo las aguas», establece nuevo contacto con el público con esta su segunda obra. En ella nos describe la azarosa y, al mismo tiempo, vacía existencia de una muchacha que anhelando vivir, no supo jamás vivirse.

Victoria Iturbe, que así se llama la protagonista, aparece descrita sucesivamente por cuatro relatos distintos, superficiales, mera sucesión de anécdotas de una vida carente de sentido.

Baldomero Font, Ignacio Ochoa, Andrés Lezama y Juanito Díaz, o, en nombre de ellos, la autora, nos cuentan las incidencias del trecho de camino que recorrieron junto a Victoria, pero ninguno de ellos consigue darnos una idea clara del verdadero pensar y sentir de la protagonista. Al final, y ello era absolutamente necesario, la propia Victoria Iturbe se explica. Se explica en una larga e imposible carta que abarca más de la mitad del libro. A pesar de la prolijidad de su confesión, no se ve Victoria a sí misma mucho más claramente que no la vieran sus enamorados. Y en un desesperado intento de encontrarse a sí misma, huye hacia el Nuevo Mundo, símbolo, quizás, para ella, de una nueva vida.

Victoria Iturbe es figura representativa de la generación cuya adolescencia coincidió con nuestra guerra civil. Juventud, como todas, llena de sueño, y que no pudo o no supo como salvarlos. Dada esta circunstancia, la intrascendencia de la vida de la protagonista parece un grito de acusación. En un mundo en paz Victoria y tantas Victorias se hubiesen salvado.

L. d'Andraitx

La proyección artística de la obra de Alberti sigue una constante fija y segura. La historia del pintor queda reflejada y escrita en tres años que fueron y son, sino definitivos, básicos para su progreso, y, a la vez, proceso lógico de su estilo. 1954 en el que ganó el premio del Condado de San Jorge, con una tela llena de volúmenes ingravidos, de la que lo más particular eran sus caligrafías, situadas en ella de una forma algo primitiva, cuya procedencia era más un impulso impensado que un esencialismo esquemático. 1956, su exposición en Argos, de la cual, y en la crónica que le dedicamos entonces, hablábamos de su «síntesis aérea y formal». En la misma, predominaban aún las caligrafías situadas al azar en su obra, y sobre todo una saturación de colores neutros que más que proyectar la obra la constreñían, a un ritmo que pugnaba por hacerse esencial, y escapar de unos conceptos a los que el artista quería ser fiel a toda costa. 1958 en esta exposición Alberti se nos muestra ya como un positivo valor, una vez obtenida casi totalmente la esencialización de sus caligrafías, que se han convertido, en la exposición que comentamos, en extractos de consecuencia, y en formas de razonar o macerar sus complejos cromáticos. Otro positivo paso del artista, es su triunfo casi absoluto sobre los colores neutros. Ha logrado hacer latir sus gamas de tal forma, que aunque las mismas estén trabajadas con ellos, el cromatismo da una sensación de realidad y de atmósfera definitivamente conseguida.

Con una de las últimas telas de Alberti, que parece señalar un paso de la asimilación a la expresión, no estamos muy de acuerdo. Puntualizaremos este extremo, para que nuestras palabras no parezcan una afirmación gratuita. Los pinto-

res asimilativos, aquellos que, asimilando, esencializan el paisaje, no necesitan de la expresión de la subjetivación de la forma, para subsistir de una manera determinada y concisa. Alberti es un pintor asimilativo, un hombre absorto ante el paisaje, un hombre identificado hasta el máximo con su lirismo ingravido, —en esto, sus grafismos son todo un símbolo de su temperamento—. Alberti es un hombre que parece sospesar sus formas antes de ponerlas en el cuadro, antes de darles vida en la tela. Alberti, como artista asimilativo, como lirico post-primitivo, tiene un porvenir de proyección óptima, ya que su esencialismo se irá depurando y sus formas irán saliendo de sus pinceles como sopladitas en una catarsis absoluta. Alberti es un hombre emotivo de ahí su asimilación ambiental, de ahí su identificación para con el paisaje, y de ahí, por último, su postura media entre todo clasicismo a ultranza, y todo vanguardismo mal entendido. La asimilación en pintura implica un esfuerzo paciente, una creación laboriosa para alcanzar el alto nivel de lo asimilado, ya que estos artistas sobrevaloran —sobrevaloración como forma artística— todo lo que debe ser trasladado a la tela. Esta forma de crear no está del todo reñida con la realidad de lo poético o lo poético de la realidad, desbrozando siempre, lo descarnado, lo brutal, como símbolo de potencia devastadora. Alberti no es expresionista; por esto dijimos que no estábamos de acuerdo con una de sus últimas telas. En ella, entre una gama de colores fríos, crea impensadamente una zona de color cromático, cuya expresión se nos antoja falsa.

Expresión es la subjetivación de lo objetivo. Asimilación es la esencialización del objeto, como consecuencia de una sedimenta-

ción de las formas de la naturaleza en el espíritu del artista. Artistas asimilativos serían Ortega Muñoz, Benjamín Palencia —cuando es sincero—. Zabaleta, Jaime Mercader y Sunyer, entre otros. Dos términos dispares, pues, son la expresión y la asimilación, los cuales apoyan lo que decimos. El pintor asimilativo vive el paisaje, instrumento que hace latir su alma; pero no de dentro para fuera sino de fuera para dentro, en un impresionante proceso inverso, donde palpita todo lo positivo de la obra.

La impresión que causa esta exposición es de pujanza y de asentamiento. A partir de aquí, Alberti es un pintor con responsabilidad, ya se ha definido en unas cuantas telas, que, dentro de sus posibilidades, calificaríamos de perfectas. A partir de ahora debe estudiar con atención su obra total, y ver que las directrices que le han guiado en buena parte de ella forman un cuerpo unitario y ya de consideración. Por tanto, debe seguir trabajando en la misma con el objeto de esencializar hasta el máximo sus formas, ingravidas y estáticas a la vez, en una síntesis absoluta de cuerpos y emociones.

A todo lo dicho, añadamos, que sus cuadros resueltos con predominio de gamas frías, son los de mayor fuerza vital y los que definen al artista de una forma más completa.

Alberti fue una promesa en 1954. En 1956 una probable realidad. En 1958 un pintor que, superando determinados baches, más temperamentales que de convicción estética, podemos calificar como completo, y como hombre que no se limita a pintar, sino que sufre en la creación, y en la consecución de un lenguaje cromático de acento personal, fiel a su característica «asimilativa».

Luis Bosch C.